



LA
MALDITA
MANIA
DE QUERERTE

Manuel Montalvo



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Fin](#)

[Créditos](#)

1

La vida, cuando uno tiene diez años, se ve con un toque de surrealismo. Pasaba horas observando a los mayores y caía en la tentación de intentar entenderlos. Pero no, eso era casi imposible siendo tan pequeño. Iban con prisa a todos lados. Corrían hacia algún lugar aunque creo que ni ellos mismos tenían claro hacia dónde. Me parecía realmente curioso.

Como niño que era, había cosas que se escapaban a mi entendimiento. Pero gracias a lo poco que sabía, o a lo poco que quería saber, vivía feliz en un mundo lleno de entusiasmo. En aquel momento, y durante unos años más, mi mayor preocupación iba a ser jugar todo el rato. Era genial.

Antes de empezar a contaros mi historia, me gustaría presentarme. Me llamo Kilian. Nombre bastante extraño pero con un significado con mucha fuerza: «pequeño guerrero», aunque desde niño la gente cercana siempre me ha llamado Kil. O sea que, si queréis, vosotros también podéis llamarme así.

Nací en Nueva York, en un peculiar barrio residencial llamado Upper East Side. Las calles estaban tan limpias que podría haberme arrastrado por el suelo mientras trasteaba y hubiera llegado impoluto a casa. Grandes árboles se erguían en el interior del majestuoso Central Park como inmensos protectores de cualquier invasor que quisiera adentrarse en sus lindes. Yo los llamaba «mis gigantes guardia-

nes». Pienso que tuve bastante suerte al nacer en un lugar como ese.

Era un niño «mono», según decían las amigas de mi madre. Flaco como una espátula y relativamente alto para la edad que tenía. Pero mi característica principal, y el motivo de gran parte de los halagos hacia mi persona, eran mis enormes ojos de un color, como poco, extraño. Por regla general, verde menta, pero, cuando el sol apretaba, se volvían entre azul cielo y gris.

Mi casa era tan grande que podría haber jugado al escondite y nunca me hubieran encontrado. Teníamos una terraza enorme inundada de plantas de mil colores que cuidaba un hombre llamado Jack: él es americano pero nacido en Colombia. Podría decirse que de estatura media, tez morena y siempre intentando mostrar su aspecto más serio. Pero se notaba que bajo esa solemnidad se escondía una bellísima persona, la cual parecía tenerme un cariño como si de un padre se tratase. De vez en cuando, jugaba conmigo a la pelota en un pequeño campo de fútbol que mi padre hizo instalar después de mucho insistirle. Aunque en América no fuera un deporte muy practicado, me encantaba. Mis raíces españolas tenían que salir a relucir por algún sitio.

Jack tiene una mujer llamada Mady, pequeña y regordeta, con gesto muy amable y siempre enfundada en una especie de babi de color blanco parecido a los que nos ponían en el colegio cuando éramos pequeños. Aquella simpática mujer se encargaba de cocinar y mantener el orden en nuestra casa, pero siempre ayudada por Andrea, su hija. Ellos se alojaban en una de las alas de nuestra vivienda. Eran una familia entrañable y, aunque no teníamos la misma sangre y trabajasen para mis padres, yo los quería como tal.

Andrea tenía dieciséis años por aquel entonces. Era muy morena y rechoncha como la madre: a mí me parecía realmente guapa. Tenía unos enigmáticos ojos color avellana y siempre lucía una gran sonrisa dibujada en su rostro.

Contagiaba felicidad a todo el que se detuviera a observarla un instante.

Eran una familia muy unida y llevaban con nosotros desde que tengo uso de razón.

Jack era parco en palabras, pero cuando decía algo, lo hacía de una manera contundente. Recuerdo con cariño el primer día que sentí el impacto de sus palabras en lo más profundo de mi corazón.

Era un día lluvioso. El invierno neoyorquino se apoderaba del alma de sus viandantes. Estar en la calle más tiempo del prudencial podría acabar contigo por muy abrigado que fueses. Como todas las mañanas, aquel hombre me llevaba al colegio a regañadientes, porque, por lo general, yo no quería ir. El camino desde mi casa se transformaba en un infierno. Las aceras de nuestro barrio se cubrían por una gran capa de nieve y escarcha, con lo que andar por ellas se convertía en una labor muy complicada. Odiaba con todas mis fuerzas los minutos que duraba ese trayecto.

—¡Jack! ¡No quiero ir al cole hoy!

Una mañana más se iniciaba con una pataleta de un odioso niño rico. Viéndolo ahora con perspectiva, si me hubiera tocado aguantar a un chiquillo como yo, le hubiera matado y habría dicho que se me perdió entre la nieve.

El hombre era paciente y comedido. Sin rechistar, ni regañarme, intentaba hacer lo más llevadero posible el trayecto hasta la escuela. Pero, aquel día, iba a hacer todo lo que estuviera a mi alcance para conseguir mi propósito: no iría por mucho que insistiese.

—Vamos, Kil. Vístase rápido, que al final llegaremos tarde.

Después de engullir el apetitoso desayuno que Mady, como cada mañana, me preparaba, lo que realmente me apetecía era volver a la cama para seguir debajo del mullido edredón de plumas tapándome hasta la nariz.

—No, ¡he dicho que hoy no voy!

En un acto inusual de rebeldía, me levanté corriendo de la mesa y fui a toda prisa hasta mi cuarto. Al entrar, cerré de un portazo y me metí en la cama de nuevo.

—Kil. Venga, salga de ahí.

Al otro lado de la puerta, podía escuchar la voz conciliadora de Jack, intentando convencerme.

A los pocos minutos, oí cómo entraba.

—Señorito, ¿usted no se da cuenta de que es por su bien? Debe ir a la escuela. Es bueno y necesario para usted. Tiene que estar preparado para cuando sea mayor. Cuantos más estudios tenga y más conocimientos, mejor le irá en la vida.

En aquel momento, sus palabras me parecían una tontería. ¿Para qué tenía que ir al colegio si mis padres eran ricos y yo iba a tener todo lo que quisiera?

—No. ¡He dicho que no! ¡Déjame! Además, tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

Sin mirarle y escondido bajo el edredón, solté esa re-tahíla de incongruencias en un tono despectivo.

La respuesta del hombre se hizo esperar y, como no sabía si seguía allí, me asomé para cerciorarme. Pero, al mirar, me percaté de que no se había ido y que se encontraba con el rostro serio y compungido. Tenía un rictus de congoja. No había sido correcto dirigiéndome a él de esa forma. Mi cuarto, por un momento, se inundó de tristeza. Ver a aquel hombre derrotado por las palabras de un crío, hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

—Kilian, sé que no soy quién para decirle lo que debe hacer, pero sus padres me asignaron esa tarea. Si insisto es porque creo que es mi deber y mi trabajo. No tiene que tomárselo así, yo no quiero mal para usted. Además, ya no es un niño pequeño como para no entender lo que le digo. Y menos para hablarme de esa manera tan fea.

El sonido de su voz era suave. Más que enfadado, le notaba afligido. Al terminar, se dio media vuelta y salió de la habitación dejándome allí solo. Me hablaba con total sin-

ceridad y como si fuera un hombre, no un niño. Aunque era muy joven, aquella situación me dejó unos segundos pensando.

—Jack, siento haberte hablado así. Pero es que hace muchísimo frío y no entiendo por qué tenemos que ir andando pudiendo ir en cualquiera de los coches.

Era la típica frase que diría un niño rico malcriado. Incluso la manera de pedir perdón no parecía sincera del todo.

—Vea, siéntese un segundo aquí, que le voy a contar una historia.

Retiró uno de los taburetes donde minutos antes había estado desayunando y me indicó que tomase asiento. Estaba más serio de lo normal y percibía algo que hasta ahora no conocía. Él siempre se había dirigido a mí con mucho cariño y de una forma muy correcta. La enorme cocina se llenó de misterio esperando las palabras de Jack. Le hice caso y ocupé mi sitio en una banqueta alta de madera. En aquella estancia solíamos comer a diario. En el centro había una gran mesa de roble con seis taburetes del mismo material. A un lado, una gran isla en la que Mady campaba a sus anchas y nos deleitaba con una gran variedad de platos. Las paredes eran blancas y estaban adornadas por unos cuantos cuadros de frutas y paisajes psicodélicos. Además subiendo desde el suelo, un metro de azulejos gris clarito. Era muy moderna pero a su vez con un toque rústico que le daba un ambiente muy cálido.

—Cuando yo era pequeño, tenía que andar kilómetros para llegar a la escuela. Nunca me quejé por tener que hacerlo porque para mí era un privilegio poder estudiar. Mi madre se mataba a trabajar para darme una educación. Usted tiene la suerte de ir a los mejores colegios. Tiene todo lo que un niño puede desear, pero no por eso lo debe menospreciar. No sabe la cantidad de niños que no tienen ese privilegio. —Me miraba fijamente mientras hablaba y sus ojos brillaban como nunca había visto antes—. Señorito,

debe aprovechar esta oportunidad tan bonita que le está ofreciendo la vida. Ciertamente tendrá todo lo que desee. Ni siquiera le haría falta una buena educación para ello. Pero esto no lo debe hacer por tener, sino por ser. Usted debe de ser un hombre culto. Y no solo por usted, sino porque en el mundo en el que crecerá tendrá que serlo. La vida no siempre se le presentará tan bonita como lo es ahora. Aparecerán adversidades y problemas que harán que todo sea mucho más complicado. Aproveche, Kilian. Aprovechese de esta gran familia en la que tuvo la suerte de nacer.

Su voz se coló en mí como un torbellino de emociones. Sus palabras llegaron a un corazón que latía con ímpetu. Era la verdad más sincera que alguien me había dicho. Y esto no era palabrería, no. Era la demostración de cariño más bonita que me habían regalado. Aquel hombre adulto, sin ser de mi sangre, expresaba con su mirada que me quería por encima de cualquier cosa. A pesar de que, a veces, fuese un niño rico repelente.

Después de darnos un abrazo de esos que te dejan sin aire, corrí a mi habitación y me vestí con la mayor ilusión del mundo. Tenía la fortuna de ser quien era y no debía desaprovecharlo. Y, gracias a Jack, desde ese día, el camino al cole fue totalmente distinto.

Esa charla marcó un antes y un después en mi vida. Las palabras de aquel hombre serían un referente a lo largo de mi recorrido por esto que muchos llamamos mundo.

Bueno, y después de esta especie de reflexión, un poco rollo, vamos a seguir con las presentaciones.

El nombre de mi padre es José. Nacido en España. En concreto en un sitio llamado Sevilla. Muchas veces me hablaba con nostalgia de su tierra y me enseñaba fotos para que viera el encanto del lugar que le vio crecer. Siempre me decía que pronto iríamos y podía sentir el brillo de sus ojos cuando recordaba con cariño sus vivencias. Lo que

más me llamaba la atención de aquello que me enseñaba era el esplendor de sus paisajes, siempre iluminado por un sol radiante y lleno de vivos colores. Sin lugar a dudas, tenía que ser un paraje digno de conocer.

Vino a vivir a los Estados Unidos cuando tenía veinte años. Pasábamos horas sentados en un enorme sillón que había en uno de los salones, mientras me contaba historias de cuando era joven. Aterrizó en la ciudad de los rascacielos hacía casi dos décadas. Como él decía, vino con una mano delante y otra detrás, expresión que significa que no tenía ni un duro, según me daba a entender. Empezó trabajando como repartidor en unas calles que le eran totalmente desconocidas. De ahí en adelante invirtió su tiempo en estudiar hasta que montó la empresa de la que es el único propietario. Lo que tenía claro era que no paraba de trabajar y viajar por todo el mundo, porque pasaba poco tiempo con nosotros. Pero, cuando estaba en casa, no quería separarme de él en todo el día. Fue el mejor padre que cualquier niño puede tener y me quería con absoluta devoción. Se percibía solo con mirarle mientras me hablaba.

Mi madre se llama Alyn. Una preciosa americana de uno ochenta, ojos verdes y esbelta figura. Siempre muy comedida, seria y firme en todas sus decisiones. Trabajó como modelo y en aquel entonces presidía una asociación que ayudaba a la gente. Una ONG o algo así. En ocasiones, salía en televisión y en revistas rodeada de gente muy conocida.

Ella se encargaba de regañarme todo el santo día e intentar que hiciera cosas sin ningún interés para un niño de aquella edad. Por lo visto, lo hacía por mí, para que fuera un hombre de provecho. Vamos, un rollo. Aun así, percibía el amor que una madre tiene por su único hijo.

Fui a un colegio relativamente cerca de casa. De ambiente elitista y muy selecto. La mayoría de mis compañeros eran niños insoportables que carecían de educación,

aunque todo el mundo intentara conseguir cierta apariencia de tenerla.

Levantarme por las mañanas era uno de los peores inventos que existían, como bien dije antes. Alguien podría haber tenido la maravillosa idea de que las clases empezasen a las doce de la mañana. De esa manera, los niños serían mucho más felices y pondrían más atención en sus estudios. Todos los días peleaba con Mady intentando rascar unos cuantos minutillos de sueño.

Una peculiaridad de nuestro hogar era el idioma. La mezcla de inglés y castellano hacía muy divertido escuchar una conversación entre nosotros. Mamá hablaba en inglés cuando estaba enfadada y en *spanglish* cuando estaba tranquila. Papá lo hacía en un medio castellano con tintes andaluces muy gracioso. Y yo, según me diese. A veces, para fastidiar, cosa que me gustaba bastante, contestaba a mi madre en español porque le costaba entender cuando hablábamos a toda velocidad.

Cuando estábamos juntos en casa, había un ambiente inmejorable. Éramos la familia perfecta, y reconozco que la felicidad fue el aspecto a destacar en una época que recuerdo como mágica.

También convivía con nosotros Joy. Una mujer de unos cuarenta y pocos años, de apariencia refinada y aspecto muy cuidado, cuyo cometido era yo. Sí, lo que le leéis. Se encargaba de mí, haciendo un papel bastante curioso: me llevaba al cole con Jack, me recogía, me ayudaba en los deberes, me enseñaba francés, alemán y chino. Me regañaba, me decía cómo vestirme y cuidaba todos los detalles para que fuera uno de esos niños que tanta grima me daban. Prácticamente, desde que tengo uso de razón, había estado a mi lado hablándome cada día en un idioma distinto. No sé si debido a la edad las cosas eran más fáciles de asimilar, o porque soy un maldito superdotado para los idiomas, pero entendía cualquiera de ellos con total fluidez. En alguna ocasión oí decir a mi padre: «Sabendo idiomas po-

drás llegar lejos», y si no se equivocaba, yo llegaría mucho más que lejos. Mi cerebro era un torbellino de palabras en todas las lenguas posibles.

La calle de nuestra residencia era bastante tranquila para el lugar donde se encontraba: estaba a escasos pasos del famoso Central Park y la Fifth Ave (Quinta Avenida). El edificio parecía muy antiguo, aunque estaba perfectamente conservado. El portal era lo que más me gustaba. Un enorme pórtico de granito daba acceso a un precioso patio presidido por una pequeña fuente de immaculado mármol blanco donde aparcaba papá sus coches. Los adoquines del suelo relucían, a pesar de ser tan antiguos como el majestuoso entorno. Y como una inmortal estatua, justo en la entrada, se encontraba Franklin: un señor afroamericano vestido con un traje de época, que, para mi gusto, le daba un aire bastante cómico. Siempre que pasaba a su lado me regalaba una gran sonrisa y me guiñaba un ojo. Era de ese tipo de personas que parecen felices a simple vista.

—Kil, ¿te apetece venir conmigo hoy al trabajo?

Mi padre, para hablar conmigo, siempre se agachaba poniéndose a mi altura. Nunca me había tratado como un niño, ni me hacía las típicas carantoñas que utilizan los mayores haciendo que parezcas más pequeño de lo que eres. Bueno, y bastante ridículo en alguna que otra ocasión. Me sentía un niño grande siempre que estaba a su lado.

—Papá, si no voy al cole, creo que mamá me va a regañar mucho.

La matriarca tenía un genio que *pa* qué. Cuando desobedecía alguna de sus órdenes, sabía que nadie iba a librarme de una tremenda regañina. Y el colegio era una de las prioridades de aquella dictatorial mujer. Aunque, después de la charla de Jack, iba a hacer todo lo posible para no faltar nunca.

—No te preocupes, será nuestro secreto.

Con un gesto pícaro y una media sonrisa, me dio a entender que nunca iba a ser más padre que amigo.

—Vale, pero seguro que Joy se chiva.

Eran cómplices en todo lo que se refiere a mi persona. No podía mover ni un dedo sin que ella se lo contase a mi madre.

—Hijo, por eso no hay problema. Joy está completamente dominada.

Guiñándome un ojo me hizo saber que todo estaba solucionado. Iba a ser el primer día que iría a su trabajo, y me hacía muchísima ilusión. Habíamos hablado mil veces sobre ello, pero no terminaba de imaginármelo.

Después de vestirme y despedirme de Mady, Jack y Joy, bajamos a la calle. En el patio de casa nos esperaba un inmenso automóvil reluciente. Me sentía un niño importante sentado en aquel majestuoso y enorme coche negro. Mientras miraba por la ventanilla desde el asiento de atrás, papá iba hablando por teléfono justo a mi lado. En la parte delantera había dos señores vestidos con trajes oscuros y gafas de sol. En aquel momento me impusieron bastante respeto porque no acostumbraba a ver gente con una apariencia tan seria como ellos. De todos modos, lo primero que se me vino a la cabeza fue que aquellos hombres seguramente trabajaban para mi padre, y aunque no sonrieran, más tarde o más temprano, se convertirían en mis amigos. Yo tenía la extraordinaria capacidad de caer bien a casi todo el mundo.

Al detenerse el vehículo, los dos hombres se bajaron aprisa para abrirnos la puerta. De un pequeño salto, salí del coche mientras les daba las gracias, sonriente. Al levantar la vista y mirando hacia el cielo, pude leer en la puerta de un altísimo y enorme edificio de cristal mi primer apellido presidiendo la parte superior de la entrada.

SOTOMAYOR & CO.

Durante unos segundos, y hasta que mi padre me cogió la mano, me quedé perplejo al ver esas enormes letras

metálicas en la puerta de semejante armazón de hierros y vidrio. Al parecer, papá tenía un buen trabajo.

Al entrar con los dos hombres trajeados detrás, las miradas de todos los allí presentes se clavaron en nosotros haciéndome sentir mucho más pequeño si cabe.

—Buenos días, señor. ¿Quieren algo para desayunar?
—nos preguntó una mujer guapísima que se acercó a nosotros a toda velocidad.

—Kilian, ¿tienes hambre? ¿Quieres algo de comer?

Antes de salir de casa, Mady me había preparado, como todos los días, un riquísimo desayuno que había devorado con ansia. Una virtud más de aquella mujer: cocinaba de maravilla.

—No, no quiero nada. Muchas gracias.

Uno de los valores que siempre intentaron inculcarme fue ser agradecido. Tanto mi padre, como mi madre, no os imagináis los cabreos que se cogían si no daba las gracias cada vez que alguien hacía algo por mí.

Justo frente a nosotros, y a unos veinte metros de la entrada, había una hilera de ascensores con las puertas metálicas en color negro. Estaban tan limpios que parecían haberlos puesto esa misma mañana. El vestíbulo tenía los techos altísimos y era completamente diáfano. Ni un solo obstáculo en una enorme sala que daba entrada a lo que parecía ser el mundo de mi papá.

De inmediato, un pitido nos indicó que uno de los ascensores había llegado a nuestra planta. Aún agarrado a la mano de mi padre, y los dos señores trajeados escoltándonos, entramos en el ascensor. Mis ojos se detenían en cada detalle de todo lo que había a nuestro alrededor. Era extremadamente curioso como todo niño que se precie. Una peculiaridad de semejante artefacto era que no tenía botones como acostumbraban los otros ascensores en los que había subido. Parecía sacado de una película de ciencia ficción. Los números se iluminaban en un azul intenso justo en uno de los laterales y unas rayitas intermitentes parpadeaban a

un ritmo frenético con lo que aumentaba la sensación de velocidad.

Después de unos segundos, volvió a sonar el pitido y las puertas se abrieron. El *shock* fue exagerado. Una enorme estancia con una mesa de escritorio de cristal y un majestuoso sillón de oficina en color negro era lo único que tapaba la gran cristalera que había frente a nosotros. Sin poder evitarlo, me solté de mi padre y corrí hacia allí para poder admirar más de cerca las maravillosas vistas. Se veía todo Manhattan. No sé qué piso sería, pero estaba en verdad alto. Era espectacular.

Había amanecido un día precioso. El cielo y el océano se confundían a lo lejos. Se veía perfectamente la Estatua de la Libertad y un montón de edificios de diferentes estilos arquitectónicos. Desde modernos y vanguardistas, hasta antiguos y curtidos por el paso del tiempo. Aquella ciudad tenía algo inexplicable. Incluso para un niño de mi edad escondía un trasfondo inquietante. La gran manzana parecía ser el centro del universo.

—Jo, papá. ¡Es una pasada!

Con las manos puestas en el cristal y la mirada perdida en el infinito, no podía dejar de contemplar el horizonte. Debía de ser increíble trabajar en un sitio como ese, tener aquellas vistas a diario y poder disfrutar de la calma de una ciudad que nunca duerme.

—¿Te gusta?

Mi padre se puso a mi lado, también con la mirada fija sobre aquella maravillosa panorámica.

—¡Claro! ¡Yo quiero trabajar en un sitio así!

Sonriendo y entusiasmado, no pude evitar que me saliera esa frase. Aquel mágico lugar pertenecía a mi padre y, claro, como es normal, algún día sería mío.

—Pero para trabajar en un sitio como este, tendrás que estudiar mucho y ser muy muy aplicado.

La respuesta no fue la esperada. Estudiar era una tortura, el colegio era un coñazo y hacer los deberes mucho